

vivo, le cortaron los dos brazos y cabeza, y apedrearon el cuerpo hasta que reventó. A dos hijas suyas hermosísimas las sacaron vergonzosamente por la ciudad con unas sogas á la garganta; quemáronle las casas; y habiéndosela saqueado primero, hallaron en moneda 100.000 florines. De allí fueron á la Compañía, sabiendo que se confesaba allá, y mataron con furor popular al Rector y á otro padre, y lo hubieran hecho en otros, si no lo hubiera estorbado el teniente del burgomestre, diciendo qué culpa tenían aquellos pobres religiosos de la alevosía de Barfuse. Supieron trataba él mismo con otro fraile carmelita muy grave, y fueron á su casa y le dieron de puñaladas. Quieto algo el pueblo de este primer ímpetu, le hicieron las exequias á su burgomestre con grande solemnidad; despues acordaron se recogiesen los papeles, y acudió á su casa el burgomaestre nuevo para recogerlos, y halló una arca con tres llaves; una tenía el burgomestre antiguo; otra el abad que se halló en el convite, y otra Barfuse. Abrióronla rompiendo las cerraduras, y hallaron trataban los tres de entregar á Francia á Lieja, y las cartas de la correspondencia estaban allí. Toda la compasion que habian tenido del burgomestre muerto se convirtió en odio, y le desenterraron y pusieron, colgado de los pies, en la horca al lado de Barfuse. A las hijas de este caballero retiró á un convento el burgomestre nuevo. Esto es lo que hasta ahora se ha sabido de este caso, que si bien singular, y pagó el traidor con la muerte que merecian sus alevosías, no se sabe del intento que tenía de cierto; unos dicen pretendia acordarse con el Sr. Infante con esta faccion; otros que queria hacer este servicio al frances, entregándole la ciudad; de todo vendrá relacion larga (1).

De Francia dicen se habian disgustado el Duque de Orlens con el Rey, su hermano, sobre el no echar de sí á Rocheliu, y que se habia retirado á Poitiers, donde se le juntaba mucha gente de la que habia ido á defender la Picardía.

Vino aviso que su Santidad estaba malo con calentura, apretado.

Con este correo vino tambien aviso de que el Marqués de Leganés tenía veinte y dos mil infantes y cuatro mil caballos, y que iba disponiéndose para ir al estado del Duque de Saboya, hácia el Piemonte.

De las islas no hay nueva particular. Está mandado se socorran en cualquiera riesgo, y no le habrá si la armada de Nápoles llega á tiempo. El Gobernador pelea valerosamente, y aunque está herido

(1) Hemos visto una relacion impresa de este suceso con el titulo de *Relacion del estupendo caso que sucedió en la ciudad de Lieja en Alemania, despues de Pascua de Resurreccion de este año de 1637, con muerte atroz de dos potentados, el uno el Conde de Barfuse, huido de los estados de Flándes, y el otro el Gobernador de la ciudad. Con muerte tambien de dos padres graves de la Compañía y otro religioso del Cármen*. Sevilla, por Simon Faxardo, 1637, 4.º, dos hojas.

En otra relacion manuscrita del mismo suceso, que varia algun tanto en los detalles y se halla á fól. 301 del tomo, se dan los nombres del burgomestre, del abad y del sacerdote: llamábase el primero Lasuelle, el segundo Menzon, y el tercero Crochi.

de un mosquetazo en la garganta, es el primero que acude á todo. Dicen llegan á cinco mil franceses los que han muerto en este sitio, y de lo mejor de Francia muchos dellos, y aún no está acabada la fiesta.

Los franceses salieron ya totalmente de la Valtolina; queda el paso libre para Alemania, y con buena guarnicion para que no suceda otro desman como el pasado.

El cardenal Borja entró el sábado aquí; salieron los parientes y otros muchos caballeros á recibirle. Ya dije en otra para lo que se cree que viene.

Al Duque de Fernandina mandan se parta luégo; hanle hecho teniente de general de la mar, dado dos hábitos ó tres, suspendida la visita que se le hacia, y otras mercedes.

Ayer hubo toros; fueron buenos y sin desgracia; los caballeros quebraron muy bien sus rejones.

El hermano Juan Rodriguez queda acabando y dada la extremauncion dos dias há; V. R. le encomiende á Dios, que será mucho si pasa de hoy.

Recibí las vitelas y las estampas de papel, que estimo como debe, y ruego á V. R. se sirva de no ponerse en tanto cuidado, que yo no tengo necesidad de despertador para acudir al servicio de V. R., de quien estoy tan obligado. Guarde nuestro Señor á V. R., como deseo. De Madrid y Abril 29 de 1637.— SEBASTIAN GONZALEZ.— Al P. Rafael Pereyra, de la Compañía de Jesus, en Sevilla.

## XXIV.

Madrid y Abril 29 de 1637.

(Tomo xcix, fól. 24.)

Pax Christi, etc. Vengo á la respuesta de las principales cosas á que V. R. me manda responder. A la primera digo que es falsedad muy grande que el Conde esté ofendido del P. Aguado, y no hay que decir que lo disimula el Conde, porque el Conde nunca ha sabido disimular disgusto ni sentimiento, y para prueba de esta falsedad, si no basta el continuar todos los dias el P. Aguado sus idas al Conde, baste el ir mañana con él á Aranjuez, adonde están SS. MM.

A lo segundo, todavía no está concluido el punto del destierro del P. Agustin de Castro. Toda la Cuaresma habló muy claro, si bien muy cortésmente; pero en el sermón de la Samaritana en el Consejo Real, asistiendo á él el Presidente de Castilla, arzobispo de Granada, llegando al punto en que la Samaritana preguntó á Cristo en qué monte debian adorar, *ut ibi*, dijo: «Ésta sí que es pregunta que se ha de hacer á los ministros evangélicos, religiosos, etc., y no consultarlos para trazas de aumentos temporales, ni embarazarlos en arbitrios.» A esta traza fué todo este punto con sus llenos, dando las gracias al señor Presidente y al mismo Consejo por el ejemplo que de esto á los eclesiásticos habian dado, dándose todos por entendidos de que iba contra los autores de los arbitrios presentes, pues picó en lo

del sello, á quien tanto el Consejo, con su presidente, han siempre repugnado.

Luégo en el sermón del Concilio á S. M., todo el asunto fué poner tachas á aquella junta de los fariseos, adonde, sin declararse más que contra aquella junta, dicen que desde que hay Capilla Real no ha hablado hombre más claro segun los propósitos presentes, cuando andaban listas, muchas y prolongadas las juntas sobre el punto de este papel sellado, y sobre si era contra la inmunidad eclesiástica; donde el P. Salazar y Jerónimo Guevara dijeron y defendieron que no, á quienes uno solo de los consejeros siguió, y otros religiosos de otras órdenes, como de Santo Domingo, San Bernardo y otros; y el P. Gaspar Hurtado defendió acérrimamente que lo era, y le siguieron los más, y repreguntado sobre qué sentia de la opinion contraria, respondió que la tenía por improbable, de que he oido decir tuvo sus quejas el Obispo. Entre los demas reparos de este sermón, fué el dicho con que el presidente del Concilio atropelló á los del *vos nescitis quidquam, neque cogitatis*. ¡Válgate Dios, dijo, por presidente; ¿tienes satisfaccion de la ciencia de éstos, ó no? si no los tienes por doctos, etc., ¿para qué los llamas á junta de tanta importancia? Y si los tienes por hombres doctos, como lo dice el haberlos llamado y juntado, ¿para qué los atropellas despues de oidos sus dichos? «Este reparo tuvo mucha alma por lo sucedido en las dichas juntas por orden del Conde, y no todo se puede escribir; pero nada de esto fué *la peti a scandali*, sino un *excelexencia* en que el padre se descuidó en este sermón, pues al decir que Hologénes, atropellando razones y derechos divinos y humanos, decia que no habia más razon ni más derecho ni más dios que el gusto, voluntad y servicio de su rey, se fué á la mano, diciendo: «Repare V. E.» Dicen (no sé qué verdad tengan) que las damas há muchos dias que al Conde le llaman Hologénes, y que luégo que oyeron al padre decirle á Hologénes de excelexencia, tuvieron grande fiesta, y que de esto tuvo noticia la Condesa de Olivares, que tambien la tenía del nombre con que al Conde ellas le llamaban, y que ella ha sido la del sentimiento; que el Conde no oyó esto, que ya se habia apartado de la tribuna cuando el padre lo dijo, y el padre no se acuerda haberlo dicho, y mucho ménos sabia que tal nombre corriese en palacio.

Despues de este sermón, se siguió en el Buen Retiro, el Lunes Santo en la tarde, á el Conde, *el del Ecce-Homo*, con cinco ó seis asuntos políticos sobre estas palabras; grande y grave y clara doctrina, si muy modesta y cortésmente expuesta á el Conde, que de todas ellas aún no habia concebido sentimiento.

El Sábado Santo en la tarde mandó al P. Castro y al P. Uson billetes para cada uno, escritos con mucho cariño y agrado, en que les agradeció los sermones de su Retiro, y así se tiene por cierto que el Domingo de Pascua, cuando se volvió á palacio, malsines le impresionaron con quejas, acriminando las cosas y dándoles malos visos á las doctrinas, por

emulacion ó sentimientos particulares contra el padre. De lo que todos dicen que ha quedado muy disgustado el Conde, despues de otros lances sobre el caso, es de la respuesta que el P. Visitador, P. Provincial con el P. Aguado, llamados del Conde uno de estos dias, dieron á las quejas que de la Compañía tenía y dió S. E. Esto es en cuanto á lo de la segunda proposicion, acerca de la cual no se puede decir más.

Acerca de la tercera, digo que no sé que haya dicho el predicador que la guerra se habia de hacer, no contra Francia, sino contra Roma; no es persuasible tal cosa; si que tocó un trinitario el punto de coaligarse el Pontífice con herejes, de que el Nuncio le habia desterrado; esto corre (1).

De nuevas, que es de España otra vez la Valtolina, comenzada á tratar de tomarse por trato, pero de hecho tomándose por asalto, sabido por cartas del de Leganés. Guarde Dios á V. R. mil años. Madrid y Abril 28 de 1637.— CRISTÓBAL PEREZ.— Al P. Rafael Pereyra, de la Compañía de Jesus.

## XXV.

Madrid y Abril 30 de 1637.

(Tomo xcix, fól. 21 v.º)

Pax Christi, etc. Un padre de los de Granada me escribe lo que V. R. verá acerca de los esclavos, y aunque supongo habrá pasado en esa ciudad lo mismo, quiero, con todo, avisarlo á V. R. por si hay variedad en la ejecucion. Dice así el padre:

«Miércoles, 20 de Abril, se publicó en esta ciudad lo que los pliegos cerrados contenian, y habian venido la semana ántes con condicion no se abriesen hasta este dia, pena de traidores. Hubo grandisi-

(1) Es curioso lo que acerca de esto dice el autor anónimo de las *Noticias de Madrid*, en carta de 18 de Abril de 1637: «El Sr. Conde-Duque se retiró la Semana Santa al cuarto real de San Jerónimo, para atender con más atencion á las cosas del espíritu, conforme á su piedad acostumbrada. Dicen que S. M. le envió, estando allí, su testamento que tiene otorgado, para que lo mirase y tratase de su ejecucion, porque S. M. está resuelto de hacerlo él mismo en su vida; prevencion cuerda y digna de tan gran Príncipe. Tuvo tambien S. E. en aquel tiempo sermones de los mayores predicadores de esta corte, con gran concurso de gente; pero se han seguido algunos graves escándalos, porque no todos se meten en predicar *Christus Crucifixus*; todo su designio de algunos es acreditarse de elocuentes en retórica muy profunda, al modo de un Prado y de un Morales. Saló desterrado el P. Ocaña, capuchino, porque predicó contra el papel sellado y tanto tributo, ponderando que todo ello sería aún de llevarse si se emplease en defensa del reino, pero que no era de sufrir que se gastase en impertinencias y fábricas inútiles. Al agustino descalzo ha mandado que no predique más. El que llaman capuchino trinitario ha ofendido grandemente al Sr. Nuncio, porque clamando en su sermón que todos eran contra España, y hablando con el Conde-Duque, llamándole príncipe sabio, le pidió que nos amparase, porque la triunfante Roma y el Papa eran contra nosotros por sus intereses particulares. Dicen que su señoría ilustrísima ha mandado hacer informaciones, y que las ha remitido á su Santidad. A los superiores de la Compañía se les ha mandado que echen de aquí al P. Agustin de Castro, que siempre ha andado muy fino en cosas del servicio de S. M., pero esta vez se descuidó en el sermón del concilio que tuvieron los judios para matar á Cristo, haciendo una grande invectiva, con esta ocasion, contra las juntas en que entran ignorantes, y pareció notar al P. Salazar, con quien tiene encuentros, y al P. Confesor. Su religion le ampara, y pide que no le echen sin hacerle cargo.» (Fól. 61.)



mos temores en todos, porque venir cartas de S. M. para toda el Andalucía, y que no se abriesen hasta este dicho día, y con pena de traidores, argüían ser cosa grande; unos decían que eran para echar á los franceses todos del reino, otros que para tomar la plata labrada, otros que para registralla y tomar S. M. una buena parte de ella, otros que para registrar los caballos para la guerra de Navarra, y que S. M. los había de pagar á veinte y cinco ducados; otros que para echar un tributo sobre los esclavos.

»En conclusion, estos pliegos se abrieron, y contenían lo que el pregon público, que todos los que tuviesen esclavos los registrasen, y que en casa del señor Asistente estarian médicos y cirujanos para ver si estaban sanos. Ahora hay más confusion, porque unos dicen los quieren para llevar á la guerra para gastadores; otros que quieren que paguen sus dueños un tanto. Verémos en lo que paran estas cosas y preñeces.

»Sucedió en el registro de estos esclavos que el escribano iba cobrando cinco reales, cuatro para sí y uno para el escribiente, y sabiéndolo el teniente mayor, se lo estorbó.»

Nada nuevo ocurre por aquí, ni han venido correos esta semana.

Guarde Dios á V. R., como yo deseo. Madrid y Abril 30 de 1637.—SEBASTIAN GONZALEZ.—Al padre Rafael Pereyra, de la Compañía de Jesus, en Sevilla.

## XXVI.

Madrid y Abril 30 de 1637.

(Tomo xcix, fól. 24.)

Pax Christi, etc. Nada ocurre aquí que de contar sea; pero de Roma vino carta del P. Lafuente que dice así:

«Las nuevas son muy pocas. Los franceses que en Oristan de Cerdeña habian entrado, se fueron con pérdida de quinientos y prision de treinta. Los sardos anduvieron valientes; sólo les tachan que hicieron general de la caballería á un fraile capacho español, que había ido allí á fundar.

»Abrióse el testamento del Emperador, y la primera cláusula es: que su hijo sea muy devoto de la Compañía, y la defienda y ampare, y dice que toda la felicidad que tiene y ha tenido la casa de Austria es por la Compañía, y sus misas y oraciones. Esto lo encarga muchas veces, y escriben se ven ya los efectos en el nuevo emperador.

»Ahora han venido dos correos de Francia y Germania, y dicen que los imperiales han dado una grandiosa rota á los suecos y deshécholos, y que en Borgoña los nuestros han dado otra á los franceses.

»En la victoria contra los suecos, los nuestros les tomaron cincuenta y nueve cornetas, cincuenta y dos banderas y el bagaje y artillería.

»El de Lorena había muerto mil y quinientos caballos franceses en Borgoña.

»A 29 de marzo hizo su Santidad cardenal al au-

ditor de la Cámara solamente. Llámase monseñor Franchiotti; es muy amigo de la Compañía.

En el concierto de diezmos no hay nada perdido, pues no se expidió el breve de él, y así no gustando las provincias no se hará nada, y volverá á andar el pleito, que nuestros abogados temen que se ha de mandar se vote y ejecute el breve de Leon, y quizás será por esto, como lo es que el concierto es de treinta y uno. Todo el mundo es unánime en que dicen que somos más ricos que todas las religiones, y esta plaga será siempre, siendo verdad que los colegios están pobrísimos.

»Las honras del Emperador se hicieron en San Pedro: hubo en ellas veinte y seis cardenales, y el padre Piedra-Santa hizo la oracion fúnebre. Roma, 1.º de Abril de 1637.—ALEJANDRO DE LA FUENTE.»

De aquí no hay nada que avisar.

Guarde Dios á V. R., como deseo. Madrid y Abril 30 de 1637.—SEBASTIAN GONZALEZ.—Al P. Rafael Pereyra, de la Compañía de Jesus, en Sevilla.

## XXVII.

Madrid y Mayo 4 de 1637.

(Tomo xcix, fól. 253.)

Pax Christi, etc. Ahí remito á V. R. la relacion de la entrada de la Princesa de Cariñano; es distinta de otra que tengo enviada, y juntamente la de las fiestas del Retiro, y otra, de mano, de las fiestas que se hicieron en Roma á la eleccion del Rey de romanos, y una copia de una carta de un capitán que se halló en la toma de los bajeles de Holanda, que aunque está confusa, dice el suceso de la guerra.

Lo que ahora hay que avisar es que tuvimos una carta de un padre matemático que fué deste colegio á Ziburu, á entender en las fortificaciones, y en sustancia dice que allí hasta ahora hay poca gente, pero tan temida como si hubiera mucha; que los franceses no los inquietan, ántes ellos les han dado algunas trasnochadas, tomando algunos pueblos que, aunque no son fuertes, necesitaban dellos para asegurarse más. Hanles tomado cantidad de ganado mayor y menor, y dice deben de estar muy flacos los franceses, pues por allí, siendo guerra viva de su parte, son muy pocos los que hay que la puedan traer, y que de Bayona se ha salido mucha gente con su hacienda y familias, retirándose la tierra adentro.

De Italia lo particular no se sabe, sólo que los franceses habian vuelto sobre las islas y se cañoneaban valientemente. Aguardaban á Borja con las galeras y naos de Nápoles para que les diese socorro. Fuera desto, les había enviado el de Leganés gente y municiones y bastimentos; no sé en qué han de parar estas instancias de Francia; con cuidado están por acá; verémos en qué pára.

En Roma el cardenal Aldrobandino fué á decir misa de pontifical á la iglesia del Anima, que es hospital de tudescos, uno de los dias de fiesta, cuando la eleccion, y dichá la misa, dió cuanta plata había servido en la misa de limosna al hospital.

Murió la abuela de la mujer del Duque de Medina de las Torres, y dejó en un escritorio veinte y cuatro mil doblones de á cuatro. Dicen que el dinero que dejó esta señora á su nieta montará doscientos mil ducados; no es mala herencia si se gasta bien.

De Alemania vino correo; las cartas son muy antiguas. Sólo se sabe que el nuevo Emperador tenía mucha y muy escogida gente levantada para este verano.

Item, que había quitado á los suecos casi todas cuantas plazas tenían.

Como S. M. se está en Aranjuez, no se sabe por menor lo particular, por ir allá primero las cartas; en viniendo se sabrá más distintamente, y avisaré á V. R.

El corregidor desterrado de Madrid ha vuelto ya á su oficio y le ejercita como ántes (1); tiene buen buen padrino en el señor Conde.

Grande prisa le dan al de Oñate, que estaba en Génova, para venir á España, para que pase á Alemania al tratado de las paces. Creo estará ya camino de Colonia, donde es la junta. Lleva el mismo oficio que tenía el Duque de Alcalá, difunto (2), en cuyo lugar sucede.

Mis achaques y vahidos ya há tiempo que me tratan mal; de cualquiera suerte estoy á servicio de V. R., á quien nuestro Señor guarde, como deseo. De Madrid y Mayo 4 de 1637.—SEBASTIAN GONZALEZ.—Al P. Rafael Pereyra, de la Compañía de Jesus, en Sevilla.

## XXVIII.

Relacion (3) de las fiestas que se hicieron en Roma por los embajadores de Germania, España, Hungría, en la nueva eleccion del Rey de romanos, á 8 de Febrero de 1637.

(Fól. 256.)

Domingo 1.º de dicho mes, estando la iglesia del Anima, de nacion tudésca, ricamente aderezada, á las siete de la mañana se fué á ella el embajador del Emperador con toda su córte y un juego de trompetas para ir recibiendo todos los cardenales que á ella venían á la misa y capilla, á los cuales había convidado el eminentísimo Cardenal de Saboya, que hacia por su cuenta aquella fiesta en accion de gracias de la nueva eleccion. Vino su alteza con una infinita córte de todo lo mejor y más lucido de Roma y de las naciones tudésca y española. Fueron á esta funcion veinte y cuatro cardenales y los embajadores de Germania y España; dióles el de Germania mejor lugar á los de España por agasajo.

Acabada la misa y el *Te-Deum laudamus*, se dispararon en la plaza Navona cincuenta morteretes,

(1) D. Juan de Castro y Castilla, conde de Montalvo, de quien se trató ya en cartas anteriores.

(2) El Duque de Alcalá debió morir á principios de Abril en Vilac, á cinco leguas de Colonia, segun una relacion impresa que tenemos á la vista. El autor de las *Noticias de Madrid* dice con fecha del 25 de Abril: «Ayer llegó otro correo de Italia con noticia de la muerte del Sr. Duque de Alcalá, que Dios perdone; pérdida que todos sienten sobremanera, pues cuantos conocian sus partes le estimaban mucho. Sintióla mucho el Sr. Conde-Duque.»

(3) Es la misma que se cita en la carta anterior.

que parecían en sus respuestas tiros de artillería.

Convidó el de Saboya este dia á comer á los cardenales Pío Aldobradino y Gaetano Albornoz, y á todos cuatro embajadores del Emperador y á los tres de España, á los dos agentes del Rey de Hungría y al Duque de Lorena. Dióles una grandiosa comida, brindando por todos los de la casa de Austria. Despues de la comida tuvo muy buena música y otros entretenimientos hasta las tres de la tarde, que salieron á paseo y á ver las preparaciones de fuegos, así los suyos como los demas, que fueron en esta forma. Delante salía el príncipe Lanzgrave, recién convertido, hasta con veinte y cuatro tudescos de la nobleza, que le seguían con sus caballos y ricamente vestidos á su uso. Despues dellos iba la carroza del Cardenal de Saboya; él á la mano derecha y el cardenal Gaetano á la izquierda; en la proa el señor Obispo de Córdoba y el de Castel-Rodrigo; en los estribos el embajador del Emperador y don Juan Chumacero. A esta carroza seguían los demas de los embajadores guardando su orden: primero la del Emperador, y por este orden otras muchas que fuera alargarme el contarlas; basta decir fueron tantas, que es de los acompañamientos más lucidos que jamas se han visto en Roma.

El paseo fué de la casa del eminentísimo de Saboya á plaza Navona, á ver el aparato de fuego del embajador del Emperador y el de Santiago de los Españoles, que estaban el uno cerca del otro, y de allí pasaron á plaza Madama, al aparato de Matmen, que era bueno tambien. Visto esto pasaron á la plaza de Castel-Rodrigo, donde fueron recibidos con músicas de chirimías, trompetas y atambores, y una gritería del pueblo infinita, que á voces decían: ¡Viva el Rey de romanos!

Concluidas estas estaciones, dieron la vuelta á casa del de Saboya, á dar principio á las fiestas de fuego.

El aderezo del de Saboya fué grande; estaba en esta forma:

En el palacio hizo desde la puerta hasta la calle, en el callejon, dos arcos triunfales con versos y jerooglíficos varios en honra de la casa de Austria; en los pedestales de los arcos las ciudades de Alemania. Abajo, de la otra parte de la banda de la puente, hizo otro arco riquísimo con tres fontanas de generoso vino; entre pilastra y pilastra una estatua de piedra, todas hermosísimas, desnudas, al natural; de las bandas de las tales figuras dos hachas, para que de noche se oscureciese lo que de dia estaba al aire. Encima de los arcos hizo vulcanos de azul y oro con las armas austriacas, talladas con hermosos jerooglíficos debajo, y en medio sus armas de cardenal, sobre las cuales estaba el águila coronada; cosa prodigiosa.

Luégo de la entrada de la calle que entra de Monte-Jordan al palacio, en todo aquel circuito, estaban puestas á convenientes trechos pilastras con sus arcos, y coronada toda la cornisa por arriba hasta rematar en los mismos arcos del Cardenal, y sobre la cornisa, á trechos, muchos jerooglíficos en



campo azul y letras grandes de oro, porque se pudiesen leer bien.

Luégo, á trechos, habia ventanas y celosías con seis vidrieras de cristal y oropel detras, y dentro de cada celosía destas habia tres hachas encendidas; con que todo aquel distrito estaba tan claro como si fuera mediodia, por la grande luz que esto daba.

En medio de la plaza se armó un tablado, donde estuvieron las máquinas de fuego.

El primer dia fué una montaña llena de dificultades de combatirla, y al fin vino un águila, que la quemó y deshizo, disparando innumerables cohetes.

El segundo dia por la noche fué una montaña, en la cual estaba en forma de un bosque con su casa y diversos animales de fuego, con grande número de ingenios de pólvora.

El tercer dia por la noche hubo otra montaña pintada de serpientes, delfines, langostas, cocodrilos, gallos y gallinas; todas estas figuras eran al natural, y otras muchas que dejo. Era hermosísima y vistosísima, y hecha con grande artificio y no ménos misterio, por indicar cada suerte de animales algunos de los contrarios del Emperador, como el Turco, el Frances y los herejes.

El último dia hizo el de Saboya sobre la fontana de su cuartel otra de plata, que á él le sirve de baño; púsola con grande adorno de lo mejor de su plata; tenia más de ciento setenta y cuatro piezas de fuentes de plata sobredorada, que hacian bellísima vista, y mejor para la gente, porque era de excelentísimo vino que corria, y el remanente venia á parar á la entrada de Ponte, para que el pueblo se consolase, y con esto acabó el de Saboya su fiesta con un razonamiento en favor de España, á quien puede atribuir lo que hoy tiene de hacienda y lucimiento.

El embajador del Emperador hizo su fiesta tres dias, todos los cuales tuvo en sus ventanas, puestas á trechos en buena disposicion, hachas de cera blanca; serian cada dia ciento treinta, y se encendia á primera noche, y duraban todo el tiempo de la fiesta, hasta que la gente se habia ya retirado.

Hizo un palenque en todo el sitio que tomaba su casa, hasta la mitad de la plaza Navona, y en medio de él puso, el primer dia, dos pedestales ó basas grandes; encima de la primera puso una loba disforme, de cuyos pechos estaban mamando dos muchachos, uno mayor que otro, significando por ellos á Rómulo y Remo.

En el segundo puso un toro y unos osos en guisa de pelea, y pelearon en el fuego el toro con los osos, con grande gusto y entretenimiento de los circunstantes. Estaba á la orilla del palenque una fuente de vino, que salia de un castillo, para que los tudescos se regocijasen.

Habia más el segundo dia un peñasco, en cuyo remate estaba una galera, que se deshizo en él con grande cantidad de fuego.

El tercer dia habia un grande castillo con varias bombas de fuego, y en él gigantes vomitando fue-

go, y despues toda la máquina se consumió, disparando grande número de trabucos, girándulas y cohetes, y con esto se remató su fiesta.

Los españoles siguieron luégo á hacer la suya. En la fachada que cae á la plaza de la Iglesia pusieron cuatro castillos grandes, pintados en tela, en campo azul; en los dos de enmedio pusieron dos águilas coronadas encima, y en los dos de los lados, en cada uno su leon coronado, de grandeza proporcionada. Más arriba, en el balcon del tejado, pusieron el estandarte de Carlos V, y otro no sé cuyo, y luégo por la cornisa del tejado muchos gallardetes pequeños. Delante de la fuente de Pamphilio y Santiago levantaron un castillo grande, y luégo encima deste otro más pequeño, y á las cuatro esquinas cuatro leones, y en medio un águila, todos coronados. Hacia muy buena vista, y de noche mejor, con los muchos cohetes que de sí arrojaron, con que acabó su fiesta la nacion española en cuanto á congregacion.

Pasemos de aquí á la plaza Madama, donde nos toparémos con monseñor Motemon (1), con veinte ventanas todas llenas de hachas por tres dias, y su tablado de fuegos con su poco de arquitectura, encima del cual estaba un peñasco pintado de negro y verde, de enmedio del cual salia un mundo redondo, y en medio de éste estaba un águila coronada; esto quemó la primera noche. Y la segunda un figuron de disforme grandeza con infinita máquina de cohetes. La tercera fué mejor: puso en medio un navío vuelto al reves; en medio la Fama, de muy buen aire, y á sus lados la Justicia y Misericordia; á los cuatro cantones del tablado cuatro damas, tocando cada una su trompeta, y en medio un escudo con armas del Rey de romanos, y por corona un capacete con plumas y penachos. Encima de la Fama estaba un águila con dos cabezas, que coronaban una grande corona imperial. Éste fué el remate de Matamon, que con los innumerables cohetes lució aventajadamente.

De aquí partirémos á la Trinidad del Monte, donde está el palacio de Castel-Rodrigo. Tuvo en todas sus ventanas, altas y bajas, hachas, que serian ciento cuarenta, de cera blanca, y en medio de su plaza un bellissimo artificio. Estaba hecha una como basa ó pedestal grande imitado de finos mármoles, y en las cuatro habes del pedestal excelentes versos latinos; á las cuatro esquinas cuatro fuentes de escogido vino, que hacian explicar los versos del pedestal en varias lenguas. En medio de esta basa estaba un Atlante, en cueros, con un mundo sobre sus hombros, que le hace arrodillarse. Sobre este mundo estaba una águila coronada, y á las cuatro esquinas del pedestal, encima de la fuente, habia cuatro leones que con sus uñas tenian cuatro escudos con las armas austriacas y españolas. Toda esta máquina estaba tan llena de fuego, y ardia de manera, que quemó hasta el pedestal, y no contentándose con eso, dos cubas que estaban debajo para las fuentes de vino las hizo ceniza; mas la traza y disposicion y

(1) Así en la relacion que está copiada, de letra del mismo P. Gonzalez; pero en un párrafo anterior se lee *Matomen*.

los fuegos fueron tales, que quedó grandemente satisfecho el pueblo.

La segunda noche, por el grande aire y agua, no fué posible armarse la machina que estaba prevenida. Y así el dia de la octava, que favoreció el tiempo con dia claro y tramontana, fué la fiesta doble mejor que la de la noche pasada. Lo primero, sobre la fontana de Tréveris se armó un mar, y en él, en todo el circuito, se pusieron galerias con las armas españolas, y en las cuatro esquinas de este mar las armas del Embajador, con cuatro fuentes de vino. En medio de este mar estaba hecha una isla, donde habia diversos animales, como unicornios, ciervos, y entre ellos algunas suertes de pescados que se salian al sol, de los cuales habia dos de disforme grandeza. Sobre las cabezas de uno de éstos estaba de pié un grande Neptuno á guisa de pelear contra un águila de extraña grandeza que estaba delante de él. Toda esta máquina estaba hecha de extremadas figuras, que, fuera de la significacion, eran de grande recreacion á la vista, y los fuegos lo fueron sin comparacion mayores que nunca.

Más adelante, en la plaza del Embajador, más abajo de su puerta, se armó un bastion, en forma cuadrada, con cuatro cubos á las cuatro esquinas, en forma de fuente real. Sobre los cuatro cubos estuvieron cuatro figuras; por fiesta tenian en las manos las insignias del Emperador, con cetro, corona y estoque, y las demas, y al rededor de cada una, tigres, leones y lebreles en su defensa.

Sobre este bastion se armó un cubo redondo, dentro del cual estaba el Rey de romanos á caballo, armado de todas armas, vestido de emperador, con su corona puesta.

Luégo, sobre el mismo bastion, se armó una torre alta de sesenta palmos, que cubrió este cubo, toda bien pintada y armada de grande cantidad de fuego; á las esquinas cuatro castillos de fuego, pequeños, sobre los cuales estaban cuatro dragones llenos de cohetes tan buenos, que parecian respuestas de morteretes, y todo el castillo con sus almenas al rededor, y en medio de la torre estaba otro castillo mayor, lleno de morteretes en todas partes, y cantidad de girándulas en las esquinas. Por remate del castillo estaba una águila coronada con grande cantidad de cohetes en toda ella; éstas fueron las máquinas.

Para el dia último hubo el paseo, del mismo modo que el primero; pero la gente de á caballo anduvieron vestidos de negro, y no con tanta bizzarria como el primer dia.

El órden de las fiestas de esta noche última fué: el primero el de Saboya, hallándose allá algunos cardenales y todos los embajadores; despues del de Saboya el del Emperador, yendo á su casa todos los que estaban en casa del de Saboya, y de aquí fueron al de España, que dió principio á las ocho de la noche, habiendo en aquel contorno innumerable gente. Dispararon primero cuarenta morteretes; luégo dieron fuego al mar, y á Neptuno con sus peces y animales, despidiendo de sí un sinnúmero de cohetes. De allí vino al águila de enmedio, y de allí

pasó al castillo, que duraria el estar arrojando cohetes y bombas largos tres cuartos de hora. Despues de lo cual se cayó el castillo y quedó en medio el cubo en pié, que tambien tenia bastante cantidad de cohetes, y éste se dividió en dos partes, y apareció en medio el Rey de romanos á caballo, armado y coronado, con 50 hombres armados, que abriendo una puerta del primer bastion, salieron fuera, sonando seis cajas y pifanos, y lo llevaron paseando por la plaza con el mayor victor que se ha visto jamas en Roma. Salieron de en casa del Embajador 30 hombres con hachas blancas encendidas á recibirlo, y entrando en palacio, con grande vocearía de ¡viva el Rey de romanos! dispararon luégo 40 morteretes, con que dando la gente baja saco á las tablas del castillo, se acabó esta fiesta, con grande regocijo y fiesta de estos príncipes.

El príncipe Burjesio (Borghese) puso luminarias por todas las ventanas de su palacio.

Los cardenales que más se esmeraron é hicieron tres noches fiestas fueron, Aldrobandino, Pío y Sabelli. Aldrobandino hizo en la puerta de su palacio un ponton artificial, coronado de varias piezas de plata, y veinticuatro hacheros de plata con sus hachas de cera blanca encendidas, en medio una inscripcion en campo negro y letras blancas, que decian: *Ferdinandus XXXIX Romanorum Rex*. Luégo más abajo dos arcos con sus armas de cardenal, que son unas estrellas, que por las puntas arrojaban vino, con doce hacheros de plata cada una de las fuentes, para que la gente viniese á beber; y treinta hogueras en todo lo que coge su palacio. Asimismo dió luminarias á su costa á todos los vecinos de los lados y enfrente; dispararon treinta morteretes en la plaza de San Márcos, porque es ancha y porque no hiciesen mal en su calle, y esto hizo este príncipe por tres noches, con grande concurso del pueblo.

El segundo cardenal fué el cardenal Pío, que por cada una de las tres noches disparó en su casa treinta morteretes y grande cantidad de cohetes. Hizo bubiese muchas hogueras al rededor de su casa, y tenia sus ventanas todas con hachas blancas; dió luminarias á su costa á toda la vecindad.

El tercero fué el cardenal Sabelli, que tuvo en todas sus ventanas hachas blancas de cera por tres noches, con grande cantidad de hogueras. En el circo de su palacio disparó cantidad de morteretes y cohetes, y fué el que cantó la misa en accion de gracias cuando vino la nueva al colegio de los cardenales; dijose esta misa en la capilla del Papa.

El cardenal Gaetano Albornoz y el cardenal la Cueva, hogueras y luminarias.

El agente del de Lorena, hachas; el de Florencia, luminarias, hachas y hogueras.

Los frailes de San Pedro Montorio, grande cantidad de tiestos por el fuerte y muchas luminarias, y lo mismo en sus ventanas, y lo mismo en la torre, que, como es tan alta, parecian escogidamente.

Ocho dias despues, que fué á los 15 de Febrero, salió la nacion tudescas en plaza Navona, con un



castillo de disforme grandeza, sobre el cual estaban entre las dos esquinas tres provincias unidas, y á la otra esquina cuatro sátiros horribles, que las querían dividir, y á la esquina cuarta estaba la Abundancia con grande cantidad de bastimentos de todas suertes, sobre todo lo cual estaba el águila grande coronada, que los señoreaba todos. Tuvo grandes invenciones de fuego, con que, alegres los tudescos, se fueron á buscar los frascos del buen vino para brindar á la salud del Rey de romanos, con lo cual se dió fin á las fiestas, quedando toda Roma extrañamente regocijada con ellas, y admirada de la eleccion, que no esperaba, con no poco sentimiento de los mal afectos á España y á Austria.

Luégo á estas fiestas se siguieron las de Carnestolendas, donde hubo su poco de tramoya y un enfado peligroso y que dará en qué entender. Es el caso que salía enmascarado el príncipe Lanzgrave con parte de la familia de la nobleza del Cardenal de Saboya. Llegando al Corso, se encontraron con una carroza de máscaras, que era de la familia del cardenal Antonio, cuyo carrocerero era, aquel día, el cochero del mismo cardenal Antonio. Éste, pues, se les atravesó delante á los de Saboya y al Lanzgrave, de suerte que les impedía la vista, los cuales le pidieron cortésmente pasase adelante un poco. Sin conocerse unos á otros, el de Antonio comenzó á responder con descortesía al de Saboya, el cual le rompió los dientes con la baqueta de los caballos, y le hubieran muerto, así á él como á los de la carroza barbarina, si no se metiera gente por medio; y lo más fué detenerse por no dar pesadumbre al de Saboya los suyos hasta saber su gusto y que supiese lo que les había pasado, y así unos y otros dejaron el Corso y lo fueron á contar á sus dueños.

El barichel (barrachel), que vió dos peces tan grandes encontrados, desapareció del Corso y se fué en caso de duda, y no pareció más en toda la tarde.

Dada que fué cuenta al Cardenal de Saboya, lo sintió mucho, y mandó decir al príncipe Lanzgrave que S. E. se quedase en casa, que no quería poner su persona á riesgo; pero su caballerizo del Príncipe mandó al Conde que había salido con el Lanzgrave que se subiese en él, y con toda su familia armada la enviase al Corso de nuevo, y que lo pasase todo, é hiciese lugar donde tomase el encuentro.

El Embajador de España supo lo que pasaba, y al punto mandó armar cantidad de españoles y ponerse en todas las bocas de las calles del Corso, para ayuda de los de Saboya, si viniesen á las manos.

El condestable Colona salió al encuentro del Conde, que venía con la familia de Saboya, y le pidió no fuese al Corso, á que le respondió que en todo cuanto había fuera de esto S. E. era patron; pero que él no podía dejar de entrar por una boca y salir por la otra.

La carroza de los de Antonio no salió, y así no sucedió desgracia; pero ha habido bien que hacer entre los príncipes en acomodar esta partida.

## XXIX.

Copia (1) de una carta que escribió el capitán D. Antonio de Anclonido al secretario D. Martín de Ibarra, de Brusélas, á 2 de Marzo de 1637.

(Tomo cxxiii, fól. 260.)

«A 20 de Febrero salimos del puerto de Matrique seis navíos, una fragata grande y otra pequeña, á los ocho y media de la mañana, con S. S. E., y habiendo llegado junto á Calés, se hizo lo que se pudo por cortarles el camino á cuatro ó cinco lanchas de pescadores de allí, que estaban algo desviadas de tierra. Defendíólas aquel lugar tirando algunos cañonazos del baluarte llamado el Cuque (sic), si bien no pudo quitar el que á sus ojos la fragatilla no tomara una de ellas, con lo que caminamos nuestro curso al O. S. O.

«A 23 por la tarde, de la parte de hácia los Conquetes viramos la vuelta del N., corriendo por los Papaigos toda la noche. A 24 descubrimos á sotavento un navío de ingleses, el cual reconocido, volvimos á nuestro curso del N. Dentro de una hora vimos la flota de Enantes (Nantes) todo lo que se podía descubrir del tope; hicimos fuerza de vela, y cerca de las dos y media de la tarde vinimos á las manos junto al cabo de Licarte, dos leguas de tierra, salvándonos mucho el viento. Allí los enemigos, tomando las velas en batalla hasta 28 holandeses y 15 ó 16 ingleses de su conserva, con grandísimo denuedo nos esperaron, echándonos delante dos navíos de guerra de los estados rebeldes, una pinaza con gallardete y una flauta con bandera de capitana, todos con sus banderas holandesas ó de sangre y fuego, algunas con pavesadas y clarines, otras con cajas, y otras sin ellas; últimamente, por todas partes todo era humo y ruido; sólo de nuestra parte no se disparó pieza ninguna, por lo rarlas mejor de más cerca. En la buena disposición de Miguel de Orna me pudiera detener mucho, y en el modo de todos los capitanes, si no fuera yo uno de ellos. Iba la capitana la primera á la banda del N. O. y á distancia de un cuerpo del navío de Márcos Van Oben, flamenco, y á otro cuerpo yo. Más adelante, y hácia el N., y á tiro de mosquete la almiranta y Antonio Diaz; más al N. E. las dos fragatas; San Jerónimo más atrás, á la banda del Noroeste.

«Llegó la almiranta á fin monte, ó sea navío de los de guerra, y pegándose los unos peñoles á los otros, le dió su carga. Reparé que no se perdió bala; tomé por delante, viró, y estándole tirando con parte de otro lado, se apartó. Parecióme que había quedado muy descalabrado ó tomando algunas aguas. Antonio Diaz, que sólo aguardaba hallar alguna luz para entrar entre tanto humo, llegó dándole carga bordo á bordo, si bien no pudo quedar amarrado; y revolviendo contra él, le metió alguna gente dentro, que rechazados, volvieron otra vez á su navío, mas llevándose la bandera de sangre y fuego que tenía el enemigo en la cuadra.

(1) Es la misma que se cita en la carta del 4.

«En este mismo tiempo el Mayor Convoy (sic) y capitán de los estados, con su gente y artillería, esperó á nuestra capitana sin disparar la pieza. Con la pinaza grande, la capitana de flota y un sinnúmero de navíos llegó Miguel de Orna, valiente y modesto, y metiendo el bauprés por la banda del estribor en las mesanas de guarnición del trinquete, se dieron la carga de artillería y mosquetería que sólo puede creerla el que la vió. Duró cerca de media hora; entramos navíos quedaron con los timones hechos pedazos, y como faltó el gobierno, faltó el intento de quedarse abordados, dejándole mucha de la gente muerta dentro. Por órden que le dió fué despues á cobrarla Márcos Vanoben; y arimándose costado con costado, quedó amarrado ó enredado con él. Yo también, que por el otro lado emparejaba, le di algunos cañonazos; mas como la artillería nuestra le pasaba de parte á parte, astillazos, mosquetazos y balas suyas me llegaban á embarazar más de lo que yo podía ser de importancia. Fuí al Comendur, que es el que traía por insignia el rabo de gallo; dióme un cañonazo debajo del agua; pero Cornelis Meyni, que sin detenerse con el convoy ni otro navío vino á él derecho, le abordó, y despues de mucha sangre le rindió. Vi á Salvador Rodríguez peleando mucho con una urca que se resistía hart; ayudéle bien con algunas piezas, y una de ellas, que llamo mi condestable, se llevó el estay mayor. Yo le di un cañonazo á la lumbre del agua. Caminando á la Capitana de flota, que me volvió la cara, halléme en medio de toda ella, disparando por todas bandas. No fué pequeño el ánimo de los navíos de guerra, pues á todo el vigor nuestro, á la linda disposición é innumerable valor con que la gente peleaba, estuvieron como unas rocas, sin querer huir ni rendirse. Aparejóse Miguel de Orna y viró sobre el Convoy; bastó el escarmiento primero de sus manos; rindióse, y el otro á Antonio Diaz. Yo tomé dos navíos, Salvador la urca que iba al Estrecho, y Cornelis Meyne la pinaza, y los demas bajeles amainaron sólo del valor y fuerza, aunque todos igualmente peleaban, y dejando sus navíos, se fueron en lanchas á Inglaterra. Viró la capitana en su seguimiento; tomé otro navío; las dos fragatas cinco; yo, despues de haber seguido á remo toda la noche á la capitana, la abordé á las tres de la mañana, viré con ella la vuelta de los demas navíos, y con todo eso, cuando amaneció me hallé de mi capitana más de tres leguas, y á barlovento dos leguas con otra flota del enemigo de más de veinte navíos y un convoy, y entre los dos conocí la fragatilla chica con algunas presas suyas y mias. Esperéla; deseé se abrigase de mí por si aquella fiota arribaba sobre nosotros; tomé mis velas en batalla para que viniera; hizolo, con que llegué á la noche á mi capitana con seis navíos del enemigo, á tiempo que ya los galeones grandes se habían remendado, y de vuelta Antonio Diaz hizo más otra presa francesa.

«A 27 nos hallamos á la tarde, N. S. con niva-vent (sic), cinco leguas á la mar. Aquí nos dió una grande tormenta, y al día siguiente por la mañana

una neblina, que nos hallamos los unos sin los otros; pero por la misericordia de Dios el día siguiente entramos en Matrique, sino es los dos navíos de Antonio Diaz, que me dicen entraron á la tarde con el convoy y flota de los ingleses.»

Esto está confuso, aunque lo escribió quien se halló en la faccion; la sustancia es, como por otras cartas se sabe, que los nuestros tomaron catorce navíos de municiones y bastimentos que iban á Holanda, y más tres naos de guerra, y echaron á fondo otras tres. Dios, etc.—SEBASTIAN GONZALEZ.—Al P. Rafael Pereyra, de la Compañía de Jesus, en Sevilla.

## XXX.

Madrid y Mayo 16 de 1637.

(Tomo cxcix, fól. 307.)

Pax Christi, etc. Hace ya tres correos que estoy sin carta de V. R., y no puedo disimular que me tiene con cuidado, pues en una carta del hermano Solano para uno de este colegio he leído que V. R. andaba con algunos achaques. Dios haga que no sea la falta de salud lo que le ha impedido escribirme tan largo tiempo.

De nuevas hay poco que comunicar á V. R. Hoy corre por la córte que el fraile que vino aquí en romería de enviado por la Reina de Francia había vuelto á insistir en lo de la suspension de hostilidades; pero que se le había contestado negativamente, y aun se le había dado órden de volverse allá.

Echóse estos dias un pregon mandando presentar los caballos de los coches, y abonándose á sus dueños un precio muy módico por ellos. También se echó otro para que todos los esportilleros, so pena de 200 azotes, vayan á la guerra de Navarra (1).

Al Marqués de Valparaíso, á pesar de las quejas que contra él han dado los navarros, le mandan á otro gobierno (2).

Han venido nuevas del aprieto en que se hallan las islas, sitiadas hace tiempo por los franceses. Si ahora no las socorren, se perderán (3). Guarde Dios

(1) «A 7 de este mes (dice el autor de las Noticias de Madrid) se echó un pregon para que todos los esportilleros, so pena de 200 azotes, se junten en la plazuela, de los cuales habiéndose escogido los que se juzgaron más á propósito, les entregaron á cada uno tres caballos de los últimamente tomados, yendo montados en uno y llevando á los otros dos del diestro. Así han ido caminando hácia Navarra, adonde han de ir 800 valones, para los cuales han de ser dichos caballos.» (Fól. 65 vuelto.)

(2) «Los navarros y guipuzcoanos, dice el autor de las Noticias de Madrid, no han salido con la suya, por mucha instancia que hicieron por vía de justicia é informaciones jurídicas para que se hiciese alguna grande demostracion con el Marqués de Valparaíso y cómplices, porque el Marqués salió premiado, dándole S. M. una encomienda de indios, que há muchos años la pretendía, y tuvo mano para sacar un pasaporte á fin de que cinco carros cargados de ajuar y de ropa entrasen en Castilla sin pagar alcabalas. Y á D. Álvaro de Oca, oidor más antiguo de Navarra y dean de Zamora, han nombrado por auditor general y superintendente de la justicia en Flandes, y él lo ha aceptado, y está aparejado de mudar de hábito.»

(3) «Estando S. M. y el Sr. Conde Duque en Aranjuez, les vino correo del aprieto en que se hallaban las islas de San Honorato y Santa Margarita, con que enviaron por el Duque de Fernandina D. Carlos y D. Pedro Coloma, el Marqués de Castrofuerte y D. Fe-